

La inserción de América Latina en la economía mundial

Riesgos y desafíos

Sergio Bitar*

En este artículo se abordan dos cuestiones. La primera alude a las principales transformaciones acaecidas en el sistema económico internacional, desde fines de los años sesenta hasta mediados de los ochenta, transformaciones que están condicionando el rumbo de la economía mundial. La segunda concierne a las consecuencias de tales cambios para las estrategias de desarrollo de los países latinoamericanos.

El problema de fondo al que se enfrenta la región es cómo conservar cierta autonomía nacional y, al mismo tiempo, insertarse en una economía mundial dominada por fuerzas que la sobre-

pasan con creces. Se trata de compatibilizar un sistema de defensa de la nación y de su autonomía, con una estrategia ofensiva, de inserción más equilibrada en la economía mundial, para configurar, así, una fórmula que asegure un crecimiento sostenido en el largo plazo.

I. Los principales cambios en la economía mundial

Un primer hecho que fluye de los antecedentes cuantitativos es el avance hacia un sistema económico mundial "globalizado" y cada vez más centralizado en torno al aparato financiero internacional. Conjuntamente, se ha fortalecido el núcleo dominante —Estados Unidos-Europa Occidental-Japón— como ordenador de la actividad económica general, bajo la hegemonía del primero de esos actores.

* Economista chileno. Ensayo presentado en el seminario "Adónde va América Latina", celebrado del 9 al 11 de junio de 1986 en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Estocolmo.

La recuperación hegemónica de Estados Unidos

Un segundo cambio es la recuperación de la posición hegemónica estadounidense. Después de una progresiva declinación desde la segunda guerra mundial hasta 1980, este país ha recuperado terreno a partir de 1981. Cabe preguntarse si esta recuperación es un fenómeno coyuntural u obedece a una tendencia de largo plazo. El debate dista de haber concluido, pero lo que resulta claro es que diez años atrás se subrayaba el carácter multipolar del sistema económico internacional. Una elocuente manifestación de dicho fenómeno fue el funcionamiento de la llamada Comisión Trilateral, a mediados de los años setenta. Hoy Estados Unidos se revela capaz de encuadrar la política económica de los demás países desarrollados, sin mayor consulta ni coordinación.

Este cambio requiere de un adecuado diagnóstico, pues la naturaleza que asuma la recuperación de la hegemonía estadounidense tiene importancia decisiva, porque establece el grado de subordinación a Estados Unidos de los demás países industrializados y, por ende, delimita los espacios disponibles para las naciones latinoamericanas.

La evaluación de la capacidad hegemónica de Estados Unidos debe hacerse a distintos niveles. En el campo financiero, parece obvio que la expansión del sistema internacional está encabezada por la banca estadounidense y el hecho de que el dólar se erija como la moneda mundial otorga a esa hegemonía una fortaleza superior a la del pasado. Sin embargo, simultáneamente es posible detectar elementos que proyectan una situación de debilidad para el mediano plazo y que dificultarían que se mantenga por mucho tiempo lo que hemos presenciado en 1984-1985. Ellos tienen que ver en lo fundamental con el endeudamiento externo de Estados Unidos.¹

Al comenzar la segunda mitad de la década en curso, dicho país se ha transformado en el que tiene el mayor endeudamiento externo del mundo, tras haber superado a Brasil y México. A ello se agrega la magnitud de su déficit fiscal y la creciente brecha en la cuenta corriente de su balanza de pagos, que alcanzó un monto récord en 1985. Tales tendencias ponen en duda la fortaleza del dólar como moneda mundial en el mediano plazo y parecen minar las posibilidades de que esa hegemonía financiera se mantenga inalterada por mucho tiempo. Las propias perspectivas del endeudamiento a más largo plazo han llevado a algunos economistas a vaticinar una segunda "bomba" de la deuda, aunque esta vez protagonizada por Estados Unidos, en su calidad de principal deudor.²

La devaluación del dólar ocurrida después del acuerdo de los cinco principales bancos centrales, en septiembre de 1985, ha generado dos nuevos hechos que menguan un tanto la posición detentada por Estados Unidos. El primero es la mayor preferen-

cia de los colocadores de fondos por las monedas europeas y el yen. El segundo es que el mayor país está más compelido que antes a coordinar su política, abandonando la pretensión de actuar unilateralmente como en el pasado reciente.

En el terreno tecnológico, hay antecedentes que muestran que ese país ha recuperado posiciones y que sus niveles de productividad van en aumento. El monto asignado a la investigación en sectores líderes le permitiría preservar nítidamente la delantera, lo mismo que en ciencias básicas. Sin embargo, las estimaciones optimistas se fundan en lo acontecido en un período muy breve. Quienes han incursionado en proyecciones de mayor aliento señalan que en el campo de la infraestructura, la educación y la investigación los progresos de Estados Unidos no parecen tener la solidez suficiente como para asegurarle una recuperación apreciable a mediano plazo.³

Su preeminencia es incuestionable en el ámbito militar. Y no sólo en el Occidente; en los últimos años se ha producido también un desplazamiento de fuerzas en favor de Estados Unidos respecto de la Unión Soviética.

También cuentan factores de índole psicológica y política. Ellos contribuyen a explicar la percepción de predominio que ha logrado el régimen de Reagan y la posición constreñida de los países competidores de Estados Unidos, especialmente la Unión Soviética, en la pugna Este-Oeste, así como Europa Occidental y Japón, en el campo económico.

En suma, si bien es innegable que Estados Unidos ha recuperado su hegemonía, el proceso no tiene la solidez que ha aparentado en los últimos tres años y, en consecuencia, Washington deberá conceder más importancia en el futuro próximo a la concertación de políticas económicas con sus aliados principales, esto es, con la Comunidad Económica Europea y Japón.

La importancia de América Latina vista desde las naciones industrializadas

Por otra parte, ha declinado la importancia de América Latina en la economía mundial, acrecentándose su subordinación respecto de Estados Unidos. Este es un tercer rasgo que se debe retener. El porcentaje de exportaciones latinoamericanas hacia el mercado de ese país disminuyó gradualmente de 39 a 34 por ciento de 1960 a 1980, repuntando abruptamente en años recientes, como en 1984, que llegó a 48%. Las importaciones desde Estados Unidos también perdieron importancia dentro de las compras totales de la región (38.5% en 1960 y 30% en 1980), pero la tendencia cambió de signo en lo que va transcurrido de esta década, alcanzando casi 40% en 1984.⁴

3. Lester Thurow, "The World at a Turning Point", por aparecer en *Crisis y regulación estatal*, EURAL, Buenos Aires, 1986.

4. Sergio Bitar, "Autonomía y comercio exterior. Relaciones de América Latina con Estados Unidos", en *Comercio Exterior*, vol. 34, núm. 9, México, septiembre de 1984, y SELA, *América Latina-Estados Unidos: evaluación de las relaciones económicas, 1984-1985*, Caracas, septiembre de 1985.

1. Véase Morgan Guaranty Trust, *World Financial Markets*, Nueva York, marzo-abril de 1985, cuadro 1, p. 3.

2. Fred Bergsten, "The Second Debt Crisis is Coming", en *Challenge*, mayo-junio de 1985, pp. 14-21.

La importancia de América Latina como destino de la inversión extranjera directa de origen estadounidense ha decrecido también (23.5% en 1960; 14.7% en 1970; 12.3% en 1980 y apenas 10.8% en 1984).⁵ Cuando se excluye a Brasil, la disminución es todavía más marcada.

En materia de colocaciones de la banca estadounidense, la importancia de la región experimentó un crecimiento considerable en el transcurso de los setenta, aunque en años recientes la tendencia experimentó un vuelco. En efecto, la tasa de riesgo (*exposure*) de los bancos estadounidenses en América Latina bajó de 120 a 93 por ciento de 1982 a mediados de 1985, con respecto a su capital.⁶

Por otra parte, existe una notable brecha entre la forma en que nos visualizan los países desarrollados y la concepción que los latinoamericanos tenemos de nosotros mismos dentro del sistema económico internacional. Desde el exterior se nos ve más débiles de lo que nosotros nos consideramos. Esta disparidad de opiniones es una de las causas del debilitamiento de la capacidad de reacción de América Latina, ya que tiende a sobreestimar sus potencialidades, en tanto que el resto del mundo las subestima.

Un *cuarto* elemento novedoso en la evolución reciente de la economía mundial es la concentración de la dinámica expansiva en los países del Norte. Al mismo tiempo se advierte una pérdida de la capacidad de arrastre que poseía la "locomotora" que conforman los países industrializados para las actividades del Sur y el comercio internacional. Las cifras demuestran que ha aumentado la importancia del intercambio comercial, financiero, tecnológico y de inversión extranjera directa entre Estados Unidos, Europa y Japón, en detrimento de las relaciones con el Tercer Mundo y América Latina, con excepción de algunos países, entre los que destaca Brasil.

Creo fundadas las proyecciones de un crecimiento moderado aunque sostenido de las economías desarrolladas para los próximos años. Algunas actividades exhiben un importante dinamismo pero, por desgracia, no se trata de aquéllas susceptibles de propagarse y servir de elemento de arrastre para los países del Sur.

El hecho central que debemos retener los latinoamericanos es que la lógica de la política económica de las naciones industrializadas privilegia la articulación entre ellas y propugna la implantación de un sistema coordinado de regulación global, al cual deben ajustarse los países en desarrollo que pretenden insertarse en la economía mundial.⁷

En el mundo industrializado se libra hoy día un debate en torno a si el cambio tecnológico está generando ondas de largo alcance y, por tanto, si se trata de un factor dinamizador de efecto prolongado, o si corresponde a una tendencia puramente coyun-

tural. Pienso que se trata de un fenómeno de mayor alcance, que si bien puede verse obstruido en el corto plazo por desequilibrios financieros en Estados Unidos o por políticas restrictivas en Europa o Japón, tiene una fortaleza que perdurará por tiempo prolongado.

El punto trascendente para América Latina es que se ha alterado el mecanismo de arrastre de las economías de los países del Tercer Mundo. Con igual ritmo de crecimiento de las naciones industrializadas, en el futuro se inducirá una tasa de expansión más baja que en los años sesenta y setenta en el intercambio con los países del Sur. La elasticidad de la demanda de productos primarios ha disminuido en los países del Norte, haciendo que los precios a los que se venden en los mercados internacionales se mantengan deprimidos o no recuperen sus niveles reales del pasado. En consecuencia, la mera extrapolación de las tendencias históricas para escrutar el futuro amenaza con llevarnos a conclusiones equivocadas. Ya no es posible afirmar que una tasa de expansión sostenida de los países integrantes de la OCDE desatará un crecimiento firme en el comercio internacional, y elevará los precios y las cantidades de nuestras exportaciones.

Para nosotros, entonces, el problema no reside solamente en discernir cuáles son las perspectivas de crecimiento del Norte, sino en dilucidar cuál es la nueva forma de conexión entre dicho crecimiento y el que experimenta el comercio internacional, sobre todo el de los productos que nos interesan ahora y los que deberemos elaborar a futuro para superar los aspectos negativos del proceso tecnológico propulsado por las naciones industrializadas.

Transnacionalización y salto tecnológico

Un *quinto* elemento que fluye del análisis del contexto mundial es la persistente tendencia a la transnacionalización. Ha continuado extendiéndose la participación de las grandes empresas corporativas en la actividad productiva, tecnológica, financiera y comercial del mundo.⁸

Además se ha modificado la conducta de las transnacionales y han menguado los flujos de inversión extranjera directa hacia la mayor parte de los países medianos y pequeños de América Latina. Paradójicamente, Estados Unidos se ha transformado en el más importante receptor de recursos externos. La inversión extranjera directa en ese país aumentó en forma significativa (se incrementó en 91 000 millones de dólares de 1980 a 1984). En cambio, la efectuada por ese país en el exterior creció apenas en 18 000 millones de dólares en igual período.⁹ En otras palabras, se elevó el flujo de inversión hacia ese país. En todo caso, estas tendencias ponen de manifiesto el empuje de las relaciones Norte-

8. El peso de las mayores empresas en la producción industrial creció en todos los países desarrollados de 1960 a 1980, salvo en Japón, donde se mantuvo estable. Véase Raúl Trajtenberg, *Concentración global y transnacionalización*, Centro de Economía Transnacional, Buenos Aires, julio de 1985.

9. Sergio Bitar, "La política de inversiones extranjeras de Estados Unidos", (mimeo.), SELA, Caracas, septiembre de 1985.

5. Department of Commerce, "Direct Investment Abroad", en *Survey of Current Business*, Washington, noviembre de 1984 y junio de 1985.

6. Morgan Guaranty Trust, *World Financial Markets*, Nueva York, julio de 1985.

7. Véase "U.S. Seeks Economic Global Plan", en *The New York Times*, 3 de marzo de 1986, p. D1.

Norte y el consiguiente deterioro de la importancia de América Latina como receptora de la inversión estadounidense.

Por otro lado, las cifras referentes a las mayores empresas del mundo demuestran que un porcentaje creciente de su actividad se vierte sobre un limitado grupo de sectores, preferentemente de alta tecnología. La oleada de adquisiciones que se ha desatado en Estados Unidos, y que en el último tiempo se ha hecho extensiva a Europa y Japón, involucra a empresas de enorme tamaño. Los recursos comprometidos en fusiones durante los tres últimos años multiplican las efectuadas en toda la década de los setenta.

Las empresas transnacionales, como señalamos, están más volcadas a las relaciones Norte-Norte y a las tecnologías de punta. Han perdido importancia para ellas las relaciones Norte-Sur y las actividades que emplean tecnologías convencionales. Más todavía, cuando se vinculan con el Sur, prefieren hacerlo con Asia, en detrimento de América Latina. De otro lado, y como consecuencia de las altas tasas de interés y de las fuertes variaciones cambiarias, han mostrado preferencia por las operaciones financieras, en perjuicio de las inversiones productivas de largo plazo; y cuando acometen éstas, procuran reducir la parte del capital propio y aumentar el financiamiento mediante préstamos. Asimismo, se advierte en estas transnacionales una tendencia a la incorporación de nuevas modalidades de inversión. Se ha llegado incluso a hablar de "inversión extranjera sin inversión extranjera", aludiendo al desarrollo de actividades con subcontratación y articulación de procesos productivos, que no entrañan un aporte real de capital.

Un sexto elemento relevante para el análisis de la economía mundial es la revolución tecnológica. Ésta continúa en ascenso, provocando una honda transformación de la estructura productiva mundial que ha hecho variar los campos propicios para la especialización de los países latinoamericanos.

La competencia y los acuerdos entre empresas de Estados Unidos y de Japón constituyen un gran factor dinámico, que se refuerza con el intento de Europa de no quedar atrapada entre estas dos potencias. La Iniciativa de Defensa Estratégica, que impulsa Washington, y el Proyecto Eureka, que promueven los países europeos, son símbolos de este proceso.

Las economías del Norte están concediendo una importancia desmesurada a la investigación, la formación de recursos humanos y el impulso a las ciencias básicas, inspiradas en la convicción de que la industria del futuro será intensiva en "materia gris", como lo ilustra el progreso espectacular en algunos servicios.¹⁰ Para facilitar esta expansión, los países centrales continuarán articulando un sistema de normas globales, como quedará en evidencia en la próxima etapa de negociaciones del GATT. En ella buscarán una normativa liberal en servicios, inversión extranjera, propiedad intelectual y patentes. Las consecuencias para América Latina son múltiples y condicionan los esfuerzos de desarrollo autónomo.

10. Véase CEPAL/ONUDI, *Industrialización y Desarrollo Tecnológico*, Informe núm. 1, Santiago, septiembre de 1985.

El comportamiento de los agentes financieros externos

Un séptimo cambio relevante en el escenario internacional deriva del carácter permanente, y no puramente transitorio, que reviste la decisión de la banca estadounidense de disminuir el porcentaje de sus colocaciones en América Latina. Por tanto, debemos pensar el desarrollo futuro en medio de una nueva estructura de financiamiento externo; perderá importancia el crédito suministrado por la banca privada y aumentará, previsiblemente con lentitud, el papel de los organismos multilaterales.

En esta actitud de la banca influyen no sólo el mayor riesgo que percibe para sus colocaciones en América Latina, sino también las nuevas disposiciones legales que han entrado a regularla en Estados Unidos. Tales disposiciones apuntan a internacionalizar el sistema bancario para promover su desarrollo hacia Europa y Japón y a atenuar los riesgos en los países inseguros. Entre las nuevas regulaciones destacan la obligación de entregar informes trimestrales públicos y de identificar al país cuando éste llegue a absorber más de 1% de las colocaciones de un banco. También existe obligación de informar cuando las colocaciones en un determinado país excedan de 20% del capital de un banco. Se exige, por otra parte, que la relación capital/activos sea superior a 5.5%. Obligar a las entidades financieras a revelar públicamente los riesgos que asumen, las torna más cautelosas y las induce a reducir su *exposure* en América Latina.¹¹

Otro elemento, que reviste incluso espectacularidad, es que la magnitud de los flujos internacionales no se relaciona con el comercio y la inversión, como antaño. Los movimientos de capitales en el mundo alcanzaron en 1984 una cifra del orden de los 50 billones de dólares (trillones para los estadounidenses), en tanto que los flujos requeridos para financiar el comercio y la inversión alcanzaron apenas 3 billones. Estamos pues en presencia de un sistema financiero internacional que moviliza una cantidad gigantesca de recursos y cuyo efecto sobre las tasas de cambio y de interés poco tiene que ver con los montos involucrados en comercio e inversión, como se pensaba en el pasado.¹²

La estrategia global de Estados Unidos

Un octavo aspecto de la nueva situación mundial es la estrategia global que persigue Estados Unidos. Ésta apunta al mantenimiento de la bipolaridad militar y al afianzamiento de una suerte de unipolaridad económica, en torno a los países capitalistas avanzados, bajo la hegemonía estadounidense.

No se advierte en los países del bloque soviético capacidad para contrarrestar esta estrategia en el plano económico. La nue-

11. Véase Karen Lissakers, "Cambios de la regulación bancaria norteamericana", (mimeo.), SELA, Caracas, 1985.

12. William Eberle, Richard Gardner y Robert Faenstra, "Governance in a World Economy: The Future of the International Economic System", Aspen Institute for Humanistic Studies, Aspen, Colorado, marzo de 1984.

va actitud del Kremlin se orienta a la distensión, en consonancia con los intereses soviéticos, a fin de abrir márgenes adicionales de acción para llevar a cabo transformaciones en la economía interna, tanto en lo concerniente a tecnología como a programas de gestión y así recuperar parte del rezago acumulado.¹³

Estados Unidos persigue la estructuración de un sistema global de orden liberal en el comercio, en la inversión extranjera, en los servicios y en las finanzas. Su propósito es desarrollar una densa red de interdependencia, bajo su hegemonía. Tal meta tiene importantes repercusiones para los países latinoamericanos. Desde el punto de vista de Washington, una estructura económica internacional de esta naturaleza permite además retener en esta especie de "red económica de seguridad" a los países del Tercer Mundo. En las nuevas condiciones resulta en extremo improbable que un país pueda optar por una transformación interna de envergadura o que pretenda romper con el sistema financiero y económico que se le impone. Ni el bloque socialista ni la Unión Soviética estarían en condiciones de financiar una nueva experiencia rupturista.

En noveno lugar, puede afirmarse, como extensión del enfoque globalista, que Estados Unidos no otorga preeminencia a las políticas regionales, sino que adecua al enfoque global algunos ajustes, cuando estima que están comprometidos sus intereses de seguridad, como ocurre con Centroamérica o con la transferencia tecnológica a los países socialistas.

Es imprescindible investigar con rigor la relación entre intereses de seguridad y sistema financiero. Tal conocimiento permitiría entender mejor cómo reacciona Estados Unidos frente al problema de la deuda externa, cuándo estaría dispuesto a asumir una posición más flexible y de qué manera se puede elevar la capacidad de negociación de América Latina.

Esta breve revisión de los cambios de la economía internacional no puede terminar sin mencionar que la coyuntura tiene una importancia sin precedentes para nuestros países. Nunca América Latina había estado tan obligada a preocuparse de los fenómenos económicos en los países del Norte. Las implicaciones son múltiples. Así, por ejemplo, la Ley Gramm-Rudman-Hollings del Congreso estadounidense, que impone una disminución del déficit fiscal, puede acarrear serias repercusiones a los países latinoamericanos. Los menores recursos que quedarán disponibles para ayuda al exterior estarán más sujetos que antes a consideraciones de seguridad. Así también, las reformas tributarias, la Iniciativa de Defensa Estratégica y la devaluación del dólar son fenómenos recientes de evidente trascendencia para nuestros países.

II. Algunas consecuencias para las estrategias de desarrollo latinoamericanas

Un primer desafío que emerge de estas nuevas realidades es la necesidad de concebir un marco analítico más completo para interpretar mejor el funcionamiento de la economía mundial y sus efectos en América Latina.

Parece indispensable otorgar mayor atención al modo de operación y a los procesos de decisión de las economías industrializadas, y no limitarse a un análisis estructural y de largo plazo. Asimismo, parece necesario elevar nuestro interés en el Norte para comprender su dinámica, y así complementar el estudio actual de las relaciones entre nuestra región y las economías avanzadas. Es preciso revisar el actual orden de prioridades que magnifica la importancia del comercio de bienes dentro de nuestras relaciones internacionales, y adoptar una visión que integre los factores financieros, comerciales, de inversión extranjera y servicios, adoptando una perspectiva global para hacer frente de mejor manera a la lógica dominante en los países del Norte.

La sobrestimación del poderío de América Latina en la economía mundial, consecuencia de la brecha de percepciones a que aludía, constituye un importante inhibidor de los esfuerzos de concertación entre los países de la región. No obstante el pesimismo imperante, es esencial revalorizar la concertación entre ellos, ahondando la conciencia de que estamos ante un proceso en que dominan las fuerzas económicas externas. A partir de una evaluación realista de nuestro poder, debemos impulsar estrategias de desarrollo que maximicen las posibilidades abiertas.

Inserción internacional y riesgos de desintegración nacional

Una segunda consecuencia del análisis llevado a cabo es el riesgo de desintegración nacional que entrañan determinadas modalidades de inserción internacional. Es conveniente averiguar hasta dónde las fuerzas económicas mundiales y la inserción inducida desde el exterior aumentan el grado de heterogeneidad económica latinoamericana. Algunos caminos conducen a una heterogeneidad creciente y, sin contrapesos, se puede provocar más desarticulación interna. Es imperativo construir una especie de escudo protector que impida esa desintegración nacional y atenúe los fuertes vaivenes que se generan en la economía mundial.

Debemos asimismo examinar el efecto de las diversas formas de inserción sobre la estructura ocupacional y social. Es posible que una inserción dependiente, que entregue a bancos extranjeros el manejo del aparato financiero interno y que privilegie la exportación de recursos naturales e instaure un aparato estatal débil, termine agudizando las diferencias sociales y obstruya la implantación de una institucionalidad democrática.

En particular, la nueva condicionalidad que está imponiendo a nuestros países el Banco Mundial, que se agrega a las normas prescritas por el FMI, y se inscribe en el marco del Plan Baker, condiciona el modo de inserción internacional y puede elevar la heterogeneidad interna y el grado de desarticulación nacional.

Una hipótesis plausible es que ha llegado a su término el ciclo de desarrollo latinoamericano iniciado en la posguerra, inserto también en una etapa del desarrollo mundial que ya tocó a su fin. De ella fluye una tercera consecuencia: es indispensable una estrategia que privilegie un crecimiento endógeno, afiance la base productiva interna y busque una inserción internacional más equilibrada.

13. Véase "An Interview with Gorbachev", en *Time*, septiembre de 1985.

Restricciones financieras y desarrollo endógeno

Una cuarta consideración se refiere al financiamiento internacional y a las condiciones de un desarrollo autónomo. Hay consenso en cuanto a que prevalecerá una situación financiera muy restrictiva. Por eso mismo, parece inaceptable que se mantenga la actual transferencia neta de recursos de América Latina al exterior, que de 1982 a 1985 llegó a 100 000 millones de dólares, sin considerar la fuga de capitales, ni el deterioro de los términos del intercambio.¹⁴

Este cuadro, más la lenta reacción de los organismos multilaterales y las escasas posibilidades de incremento de la ayuda oficial, obliga a pensar en un desarrollo centrado en el esfuerzo interno y en un control del sistema financiero nacional. Sabemos que este último no sólo influye en la canalización de los excedentes y en el manejo del poder político; también determina las conexiones con el sistema financiero internacional que, como hemos visto, ha adquirido tal globalidad y fortaleza que puede crear presiones irresistibles a un país cuyo sistema financiero resida en manos de bancos pequeños, de propiedad foránea o de grupos nacionales vinculados a estos últimos.

Un quinto desafío tiene que ver con el cambio tecnológico. La meta central es la articulación de una base productiva nacional eficiente, capaz de insertarse con más autonomía en la industria internacional. Por otra parte, conviene precisar que, si bien en el ámbito internacional se acrecienta el gigantismo, no es menos cierto que existe un espacio importante y en expansión para la pequeña y mediana empresas. La experiencia europea revela que la creación de condiciones favorables a la innovación tecnológica permite el desarrollo de múltiples actividades que pueden ser competitivas en lo internacional, sin necesidad de estar encabecadas por empresas transnacionales. Hay espacio, pues, para que nuestros países asuman una postura más ofensiva en las exportaciones, aun en el caso de que la economía mundial creciera a una tasa moderada en el futuro próximo.

Al respecto, parece necesario formular otra observación, concerniente a lo que se ha dado en llamar "la perplejidad frente al cambio tecnológico". Es comprensible que estemos desconcertados por la velocidad y las repercusiones de este proceso, pero ello no puede conducir a la parálisis. Las opciones de inserción internacional no son tan variadas; son más bien restringidas. Es imprescindible entonces asumir con firmeza un curso de acción. El criterio fundamental es abrirse un sitio en el mercado externo, pues sólo una vez que se ha logrado penetrar en él se está en condiciones de mejorar e impulsar nuevos desarrollos de nuevas actividades internas que se basen en una tecnología más avanzada.

En esta misma línea, cabe anotar una sexta consecuencia para América Latina: la urgente necesidad de elevar la calificación de los recursos humanos (ampliar la formación general que se imparte a la futura población trabajadora, difundir la tecnología moderna de informática, etc.). La base del nuevo estilo de industrialización será el factor humano.

14. El Morgan Guaranty ha estimado que de 1983 a 1985 la fuga de capitales desde los mayores países de la región alcanzó 30 800 millones de dólares, en tanto que los créditos netos en igual período fueron de 44 200 millones. Es decir, se fugó casi 75% de esos nuevos créditos. Morgan Guaranty, *World Financial Markets*, febrero de 1986, cuadro 9, p.6.

Siempre en lo tocante al desafío tecnológico, una palabra de advertencia en relación con los servicios: no hagamos concesiones gratuitas en este campo para obtener a cambio, en negociaciones internacionales, algunas ventajas marginales en el comercio de bienes, apremiados como estamos por nuestros compromisos externos, porque sucede que el desarrollo de más largo plazo tendrá entre sus principales protagonistas a los servicios.

Una séptima consecuencia deriva del cambio de comportamiento de las transnacionales, lo que ha tornado irrelevante la lógica tradicional de los incentivos tributarios para atraer inversiones a nuestros países. Los estudios más recientes confirman que los móviles predominantes de las transnacionales de origen estadounidense son las relaciones Norte-Norte y las tecnologías de punta. Ellas se hallan alejadas de los recursos naturales. Se comprueba asimismo que estas empresas son atraídas por el tamaño de los mercados y por las condiciones de estabilidad negociadas por plazos prolongados. A menudo, los acuerdos con el Estado resultan más atrayentes que el mercado libre.

Proyecto nacional y concertación latinoamericana

Una octava consideración tiene que ver con "el espacio latinoamericano". Es imperativo dinamizar, con las formas más diversas, aunque sean desordenadas y hasta anárquicas, las actividades intrarregionales, mediante acuerdos comerciales específicos, convenios de complementación industrial, fondos de inversión, etc., como una forma de defensa ante las políticas de los países del Norte. Lo mismo vale para la deuda externa. Aunque los avances han sido abiertamente insuficientes, es preciso perseverar para acrecentar la capacidad de negociación regional. No hay salida autónoma para la región sin modalidades más avanzadas de articulación política, tecnológica y social en América Latina.

La elevada vulnerabilidad actual exige a los latinoamericanos la búsqueda de una fórmula realista y creadora que permita una inserción autónoma. Ello, a su turno, demanda la recuperación del sentido y los valores nacionales. Lo nacional debe erigirse como un factor de unidad, de movilización y de identidad.

La formulación de proyectos nacionales y de un proyecto latinoamericano, la búsqueda de la concertación de las fuerzas sociales dentro de cada país, y la constitución de un frente latinoamericano común son, en la segunda mitad de los ochenta, factores políticos esenciales para conferir viabilidad a una estrategia que se funde en el desarrollo endógeno.

En las actuales circunstancias, no está asegurada para América Latina la posibilidad de un desarrollo autónomo con resguardo de la integridad nacional. Si no se fortalece una capacidad sociopolítica nacional y latinoamericana es probable que se imponga una inserción desintegradora que agudice la heterogeneidad y debilite las posibilidades de un desarrollo más equitativo y democrático en el mediano plazo. Por lo tanto, la tarea de mayor envergadura política es aglutinar las fuerzas nacionales e internacionales para inducir una renovación de la base productiva nacional, un comercio más diversificado en sus contrapartes y especializado en sus exportaciones no tradicionales, un desarrollo más soberano que se funde en la concertación interna y en la coordinación latinoamericana. □